

os-  
so-  
de  
os.  
los  
ara  
cia  
on-  
tad  
la  
a  
la  
ra-  
nu-  
e se  
tás  
por  
on-  
os,

empezad por respetar uno indiscutible,  
el que yo tengo de hacer lo que me  
plazca, mi derecho al trabajo.

—No trabajarás.

—Sí trabajaré. Es preciso que mi  
mujer y mis hijos coman. Holgad vos-  
otros si así os conviene.

—Primero son tus compañeros.

—Primero son mi mujer y mis hijos.

—No trabajarás.

En esto los gritos comienzan.

—¡Muera la tiranía!

—¡Viva la libertad!

Y entre un muera la «tiranía» y un  
viva «la libertad», Ramírez fué «tira-  
nizado» hasta el punto de no poder  
usar de su «libertad» para trabajar, y,  
obligado a reivindicar el «derecho» co-  
mún, perdió el suyo: «su derecho» a  
comer, «su derecho» a vivir.

Esto pasó..... esto ha pasado..... en  
España, en Francia, en Buenos Aires...  
un día, varios días, muchos días.

Y Ramírez, y todos los que piensan  
como Ramírez, están conviniendo en  
que nada hay más tiránico a veces  
que la libertad, y fastidiados de esta  
comedia de los derechos, dirigida de-  
trás de las bambalinas por veinte o